

V. S. ALEXANDER

LA TRAIIDORA

Traducción de Nancy Alejandra Tapia Silva

 Planeta Internacional

PRIMERA PARTE

La Rosa Blanca

CAPÍTULO 1

Julio de 1942

Si hubiera creído que el mundo era plano, las estepas serían la prueba de que la tierra se extiende en una línea infinita y distante hacia un horizonte lejano. En su vastedad se desplegaban ante a mí retazos de pastizales verdes y tallos marrones del trigo invernal cosechado, que ondulaban con las ráfagas del viento. Los campos apenas se veían interrumpidos por la corteza gris de unos cuantos árboles o por las siluetas cúbicas de las granjas que los avances de la *Wehrmacht* habían dejado en pie.

Yo iba en un tren abarrotado, separada del ejército, hacia el Frente oriental, como enfermera voluntaria para la Cruz Roja alemana.

Habían quemado algunos sembradíos y no quedó más que la tierra ennegrecida, pero, así como el sol sale cada mañana, la tierra debía ser labrada por las figuras solitarias de los campesinos, quienes trabajaban con horquilla en mano o con una carreta tirada por caballos, como si los pobres pudieran obligar a la tierra a germinar otra cosecha.

De alguna manera, unos pocos afortunados habían sobrevivido. Quizá la *Wehrmacht* necesitaba a los trabajadores y se servía de la mano de obra esclava para transportar los granos hacia Alemania, o tal vez un oficial nazi «caritativo» les había perdonado la vida.

Era la primera vez que estaba en Rusia, después de que mi familia huyera de Leningrado durante la primera fase del Plan quinquenal en 1929. En aquel entonces yo tenía siete años. Mi padre vio de primera mano la desaparición de quienes no cumplían con las cuotas laborales impuestas por Stalin. Esas personas se desvanecían en la oscuridad y nadie las volvía a ver, porque comúnmente se les enviaba a morir en los campos de trabajo forzado. Mi padre se las había arreglado para reunir el dinero suficiente y mudarnos a Alemania, donde esperaba que tuviéramos una vida mejor. Como los padres de mi madre eran alemanes, nos concedieron la ciudadanía antes del apogeo del nacionalsocialismo.

Sin embargo, después de la invasión de Polonia el 1 de septiembre de 1939, la guerra llegó a su clímax, así que, dependiendo de la ubicación del tren, veíamos un paisaje que aún conservaba su belleza en bruto o uno acribillado por el conflicto. En Varsovia presencié la desesperación de los polacos, que les habían entregado a los nazis todo menos su humanidad. En aquella ocasión, con disimulo le di un caramelo a una niña que me ofreció una flor, mientras miraba los muros de ladrillo del gueto que confinaba a tantísimos judíos. Los soldados arreaban a la gente esquelética dentro y fuera de la reja, y la hacían marchar en filas hacia un lugar desconocido. Me insensibilicé ante el horror, pues con los años aprendí que poco podía hacer para luchar contra el Reich.

En aquellos lugares que habían escapado al puño mortal de la guerra —como los espigados abedules que relucían en Prusia Oriental o la extensa estepa rusa que se abría a colinas de suaves prominencias y, en aquel momento, con las ventanas del tren abiertas, las ruedas que repiqueteaban con movimientos rítmicos a lo largo de las vías y el calor de julio que se disipaba al ocultarse el sol— uno casi podía olvidar los problemas de la guerra y fingir que todo estaba bien en el mundo.

Sin embargo, también había otras distracciones en el largo trayecto hacia el Frente. Viajé con una joven llamada Greta, también enfermera voluntaria, de quien sabía poco, más allá de que planeaba, al igual que yo, regresar en algún momento a Múnich.

Como mi padre trabajaba en un área relacionada con la medicina, me interesó el tema, además de que no sabía qué más hacer con mi vida. Había venido a trabajar como enfermera voluntaria después de pasar por la Liga de Muchachas Alemanas. Dar atención médica a los enfermos me dio satisfacción. Cambiar vendas, ayudar a los niños que se cortaban y raspaban, y aprender sobre el cuerpo se convirtió en mi «profesión» en los años posteriores a 1939. Aunque la enfermería me permitió alejarme de mi padre estricto y no ceder ante la presión de casarme y tener hijos de inmediato, como lo exigía el Reich, había una gran desventaja: la Cruz Roja alemana se había convertido en un potente brazo del régimen nazi. Se esperaba que acogiéramos las enseñanzas del Reich sobre la supremacía aria y que siguiéramos a Hitler ciegamente, cosas que desde mi inocencia ignoré en obra y pensamiento. La rigurosidad de mi padre me había infundido, de manera inadvertida, una tensión ansiosa que alimentaba mi timidez natural. Pero algo más fuerte también bullía dentro de mí: el ansia de ser libre, de ser dueña de mí misma, una rebeldía en ciernes.

Una noche, Greta me ofreció un cigarro mientras leía mi libro de biología en nuestra estrecha habitación. El libro era poco estimulante, pero reunía las semillas de conocimiento que esperaba me ayudaran a garantizar una carrera médica como mujer en el nacionalsocialismo.

Como yo no fumaba, rechacé su oferta. Los cigarros no eran baratos y a menudo se vendían en el mercado negro. Me pregunté en dónde los habría conseguido. Las mujeres «buenas» no debían fumar, pero una de las razones por las que muchas se convertían en enfermeras voluntarias era porque ofrecía la libertad ocasional de liberarse de tales restricciones. Casi todos los cigarros eran para los soldados. Greta también sujetaba una botella con un líquido transparente. La etiqueta roja, impresa en polaco, decía «Wódka». Cuando le quitó el tapón, el olor penetrante y medicinal de la bebida inundó el lugar.

Aparentaba más años de los que tenía. Las incipientes líneas de expresión de su ceño fruncido y sus cutículas mordidas me hicieron pensar que no había tenido una vida feliz. Quizás eran

signos de ansiedad por la guerra, o por la vida en general, pero no podía ser mucho mayor que mis veinte años. De todas formas, se embellecía de una manera que tenía como objetivo a los hombres que viajaban con nosotras.

Se sentó en el asiento frente al mío, en sentido contrario al movimiento del tren, que corría por la vasta planicie. Encendió su cigarro y una nube de humo se precipitó sobre mi cara, pero se dispersó con rapidez por la ventana abierta. Cerré mi libro.

—¿Has hablado con alguno de ellos? —Estiró el pulgar derecho sobre su hombro y posó el codo izquierdo en el borde de la ventana, manteniendo el extremo encendido del cigarro cerca de la abertura. La chispa roja resplandecía en el viento que corría a toda velocidad.

—Con algunos —contesté—. Trato de no conocerlos tanto.

No tenía intenciones de alentar relaciones amorosas con los militares o médicos del ejército. Iba al Frente a trabajar, no a conseguir esposo. Después de todo, y siendo fatalista, me preguntaba cuánto tiempo sobreviviría algún novio potencial en estos tiempos funestos. La guerra en el Frente oriental solo se alargaba más y más, pese a las declaraciones de victoria del Reich. Sería agradable si un hombre me abrazara o dejara saborear sus labios sobre los míos, pero una relación parecía de importancia secundaria al considerar la manera en que los hombres estaban muriendo por el Reich.

Greta le dio una calada a su cigarro, tomó un trago de vodka y después me ofreció la botella. Bajé la persiana de la puerta de nuestro compartimento.

—¿De dónde sacaste este contrabando?

—Una dama nunca revela sus secretos. —Greta sonrió irónicamente y sus uñas tamborilearon en la botella—. Algunos son muy guapos, incluso los rusos. ¿Qué pasó con todos aquellos discursos sobre la pureza racial que nos tuvimos que tragar? ¿Natalya Petrovich? ¿Alexander Schmorell?

Su pregunta me molestó. Yo era de origen ruso, vivía en Alemania y mis padres nunca me permitieron olvidarlo. Conocíamos los rumores sobre los *Untermensch*, los subhumanos, pero la mayoría de los rusos que no eran judíos podía vivir como ciu-

dadanos en Alemania, en especial los ya asimilados. En el Reich una no tenía muchas opciones más allá de obedecer; sin embargo, estaba orgullosa de viajar a mi país natal en lo que consideraba una misión altruista. Empiné la botella y la fuerte bebida me quemó la garganta, sentí que en mi estómago se formaba una bola de fuego.

—Ahora todos somos alemanes. Echa un vistazo a mis papeles. El Reich necesita hombres... y enfermeras.

Después de lo que había sucedido con mis amigos judíos cuando los nazis ascendieron al poder, no quería saber nada de la creación de un nuevo orden racial en el este; la sola idea me repugnaba. Todo lo que me importaba era salvar vidas, y si la compasión se extendía hacia mis compatriotas rusos, que así fuera. Por supuesto, en realidad ignoraba lo que me deparaba el futuro.

Ella se encogió de hombros ante mi desplante y continuó soñando despierta con los hombres.

—Es difícil elegir a uno de ellos —dijo mirando mi boca fruncida después de otro trago de licor.

—No es el mejor vodka que he probado —dije, aunque mi experiencia con la bebida era limitada.

—Uno de ellos es ruso, él mismo me lo dijo. Alexander. Es guapo... —le dio una calada a su cigarro, que se había consumido hasta las puntas de sus dedos antes de tiempo, por la velocidad del tren, y lo tiró por la ventana—, pero la mujer con la que viaja es una verdadera belleza. —Se abanicó la cara con la mano.

Tomé otro sorbo de vodka y me invadió un ligero estupor. Bostecé y me estiré en el asiento, que servía como una cama incómoda.

—Ya se puso el sol, tenemos que bajar las persianas opacas.

—Otra noche aburrida sin más compañía que mis sueños —se lamentó ella y se acomodó en el asiento—. Las cosas mejorarán cuando lleguemos al Frente.

Me pregunté si tendría razón, pues temía que el Frente solo trajera tragedia y miseria. La expectativa de lo que quizás estaba por venir empañaba mi emoción de regresar a Rusia. En secreto, ignoraba si estaba preparada para enfrentarme a lo que podría presenciar. Ahuyenté las imágenes espectrales de los soldados

heridos o muertos y los edificios bombardeados que saturaban mi mente, imágenes mentales reforzadas por la destrucción que vi en Varsovia. Y que no se desvanecían fácilmente.

Después de lo que pareció un viaje interminable por Rusia, los primeros días de agosto llegamos a Viazma, la base de la 252^a División, a la que estaban asignados los hombres. Greta y yo salimos de nuestro vagón para estirar las piernas. Nuestra parada final sería al noroeste, en la ciudad de Gzhatsk, unos 180 kilómetros al oeste de Moscú.

Apenas puse un pie en el piso cuando escuché la estridente música militar. Greta volteó hacia los hombres de los que había hablado.

—Conque ahí están. —Apuntó con discreción adonde estaban ellos, que salían de un vagón más adelante que el de nosotras—. Van todos juntos como una pandilla de ladrones.

Greta los identificó. Hans: alto, de cabello oscuro y con un atractivo perfil de actor de cine, agradable rostro de proporciones perfectas, nariz fina sobre labios sensuales, barbilla ligeramente partida y ojos inquisitivos bajo unas cejas oscuras. Willi: cabello rubio y engominado hacia atrás, a veces el viento le desacomodaba los mechones que le atravesaban la frente; también era guapo, con su cara ovalada y barbilla amplia; de los tres, él parecía ser el más propenso al silencio y a los pensamientos serios. El último era «el ruso», como lo llamaba Greta. Ella había escuchado que otros le decían Alex: alto y desgarrado, con una gran mata de cabello peinada hacia atrás. Parecía ser el que sonreía más, el que llevaba la música por dentro, quien quizá no se tomaba la vida tan en serio como los demás.

Los vi de reojo, más interesada en ponerles nombres a las caras que en cultivar ideas románticas.

No estaba preparada para lo que vi una vez que mis ojos dejaron de mirar a los hombres. Viazma era poco más que los escombros de unas construcciones rodeadas de unos cráteres en la tierra que los bombardeos habían creado. Una iglesia de madera, la única estructura intacta en el lugar, permanecía en pie

sobre una pequeña colina. Nada se movía entre los escombros, con excepción de las tropas alemanas. Me pregunté adónde habría ido toda la vida. ¿Habían matado a la gente y a los animales a su paso?

El sonido de los altavoces que instaló la *Wehrmacht* retumbó en mis oídos. Me alejé del tren y dejé atrás a Greta y a los demás. Me detuve al lado de un hogar calcinado, del que quedaba poco más que vigas quemadas y el marco de una ventana. Un olor a muerte, como de carne podrida, me congestionó la nariz. Di media vuelta, incapaz de soportar el hedor, y descubrí su origen. Adelante de la casa yacía el cadáver en descomposición de un perro. Un enjambre de moscas negras zumbaba a su alrededor. El animal me recordó a un perro abandonado que tuvo que arreglárselas solo, después de que su familia judía desapareciera de Múnich. Durante un tiempo los vecinos se encargaron de él, pero después también desapareció, como la aldea ante mis ojos. Solo quedaba tierra seca en un lugar que un día estuvo lleno de vida.

Después de abordar el tren, camino a Gzhatsk, mi estado de ánimo empeoró a medida que las sombras se extendían por la planicie. Me resultaba difícil creer que la guerra en Rusia ya hubiera durado más de un año y que cientos de miles de hombres, quizás un millón o más, viajaran por esta ruta para tomar Moscú, Leningrado al norte y las ciudades rusas del sur. Greta debió de advertir mi renuencia a hablar porque, aunque compartíamos compartimento, me dejó a solas con mis pensamientos y se dispuso a socializar con las otras dos enfermeras a bordo.

Algo, al principio inexplicable, estaba sucediendo. Cuando desde el tren miré el vasto paisaje, cómo el viento veraniego sacudía los abedules y el sol y la lluvia pintaban los árboles con resplandecientes vetas plateadas, me sentí en armonía con la tierra, con mi patria, entonces resucitaron recuerdos profundos de mi infancia distante. Me sentí presa de una especie de «fiebre rusa», como si me convirtiera en parte de la tierra de Dostoievski, Tolstoi y Pushkin, y dejara atrás a Goethe y Schiller. Algo conmovía mi alma y descubría sentimientos inéditos que me perturbaban a la vez que me emocionaban. Me invadió un vacío eufórico,

un cielo colmado de estrellas aún indefinidas en el espacio, una melancolía atemperada por una esperanza deslumbrante. Un anhelo enterrado en las profundidades de mi ser se removía al recordar cómo era ser una niña en Leningrado, ajena a las preocupaciones de mis padres en torno a Stalin y, después, a Hitler.

Lejos del bullicio en las calles de Múnich, comprendí lo que significaba ser libre de ataduras. Los meandros de los ríos, los prados frondosos y los bosques verdes se desplegaban ante mí. Por primera vez vi lo que Hitler deseaba en su megalomanía perversa, su *Lebensraum*, el territorio que quería para una Alemania y un Reich en expansión constante. Los «subhumanos» se encargarían de la tierra y los arios serían los amos. Pero Hitler y sus secuaces no habían considerado la grandeza y la determinación del espíritu ruso, y una esquirla de esa esencia me pinchó la piel. Aquello jamás me había quedado tan claro como cuando llegamos a Gzhatsk.

La ciudad, al igual que Viazma, estaba en ruinas. Iglesias, tiendas y hogares quedaron destruidos en la ofensiva por subyugar Moscú. El Frente estaba a escasos diez kilómetros y podía escuchar el estallido de los proyectiles. Algunos incluso aterrizaron cerca de Gzhatsk y la tierra retumbó con sus explosiones. La gente que permanecía aquí y no formaba parte de las tropas vagabundeaba por la ciudad destruida, con tierra embarrada en sus harapos y conmoción en la mirada. Mostraban poca emoción cuando pasaban por donde estábamos: éramos unos alemanes bien alimentados camino a un campamento médico en el bosque, a salvo del peligro que representaban las balas y las bombas. Al ver a estas personas, una tristeza intensa e imponente llenó mi corazón.

Durante varios días instalamos más tiendas, nos aseguramos de que nuestros uniformes, delantales y suministros estuvieran desempacados, escuchamos los sermones de los estirados doctores de la *Wehrmacht*, jugamos a las cartas y ofrecimos ayuda al pequeño número de heridos que llegaba del campo de batalla. En la noche, algunos médicos del ejército, incluidos Willi y Alex, hacían que el vodka circulara. Por la cantidad de suspiros y el número excesivo de cigarros que fumaban era claro para mí que

todo el mundo se moría por hacer algo más que sentarse en el campamento. Cuando caía la noche, los proyectiles aterrizaban cerca de la ciudad e iluminaban el bosque con su fulgor explosivo.

El primer camión lleno de heridos llegó una semana después. Todos asumieron sus papeles enseguida, tanto los médicos del ejército como las enfermeras que asistían a los doctores. Un médico me ordenó que ayudara a Alex, quien se inclinaba sobre un hombre que tenía la pierna casi cercenada. Su cabeza colgaba de la camilla y decía palabras que no podía escuchar por las órdenes que se daban a gritos, el sonido metálico de las mesas y los instrumentos médicos, y los gemidos de los heridos. Alex se puso los guantes y el delantal y yo hice lo mismo.

—¿Qué está diciendo? —pregunté.

—Algo sobre matar a Hitler —dijo Alex—. Dice que si pierde su pierna, le disparará al *Führer*. —Se agachó y estudió el torniquete y la extensa herida en la pierna del hombre. El color de las vendas, empapadas de sangre, había cambiado de escarlata a café—. Tengo malas noticias para él. Cuando vuelva en sí, ya no tendrá su pierna izquierda, la metralla casi se la cortó por completo. Solo me queda hacerlo sentir cómodo hasta que el doctor se la cercene.

Me di cuenta de que Alex estaba horrorizado por las heridas del hombre, pero como médico de ejército, trataba de lidiar con la atmósfera de pesadilla de la tienda. La alegría de vivir que corría por sus venas mejoró su estado de ánimo.

—Te llamas Natalya, ¿no?

Asentí. Sus ojos se iluminaron pese a la miseria que nos rodeaba.

—Ve por vendas limpias. Limpiaremos la herida y le pondremos antiséptico. —Estudió el entorno mientras el personal médico corría por la enorme tienda—. Va a pasar un buen rato antes de que un doctor pueda operarlo.

Hans y Greta daban vueltas alrededor de una mesa donde yacía un hombre que sangraba de una herida abierta en el hombro.

Tomé las vendas y regresé a la camilla. El soldado, ya delirante, agarró a Alex de los hombros, tan de cerca que le gritaba al oído. Mi colega le dijo que se callara y lo regresó a su cama

improvisada. Alex trató de calmarlo mientras un camillero le inyectaba una dosis de morfina. Bajo el influjo del fármaco, el soldado se quedó dormido.

Una vez que atendimos a los heridos a nuestro cuidado, Alex y yo nos quitamos la ropa de trabajo, salimos y nos alejamos de la tienda y la conmoción. Se pasó los dedos por su largo cabello, encendió una pipa negra y le dio una calada. El humo se desvaneció como la bruma entre los escasos rayos de sol que penetran las espesas copas de los árboles.

—Trabajas bien —admitió Alex entre caladas y mientras estiraba sus largas piernas—. ¿Te gustaría seguir como enfermera?

—Tal vez —dije, y me senté en la tierra húmeda bajo un pino. El aire fresco me invadió con su fragancia boscosa, un cambio agradable después del ambiente sofocante y el olor aséptico de aquella tienda congestionada—. Por eso estoy aquí, para descubrirlo. Aprobé el *Abitur* y quizás estudie biología o filosofía en la universidad. —Recogí unas agujas café que se estaban pudriendo y sin pensarlo las arrojé hacia la tienda—. Aquel soldado estaba enloquecido de dolor, pero todos hemos vivido bajo presión los últimos años, con el racionamiento... en condiciones que no podemos controlar...

Alex se sentó a mi lado. El humo de su pipa nos envolvió con un aroma placentero y terroso que me recordó a una fogata otoñal, y además ahuyentaba a los mosquitos.

—Sí, dijo cosas que no debió... palabras por las que podrían ejecutarlo si alguien lo reportara. —Mordió la boquilla de la pipa—. Bueno, si alguien tuviera la necesidad de *traicionarlo*.

«Necesidad de traicionarlo». Sus palabras me impresionaron.

—La guerra lo cambia todo, pese a nuestras reglas y normas —contesté después de asimilar su comentario—. Beber y fumar está prohibido, pero casi todo el mundo lo hace. Greta se maquilla cuando puede. ¿Por qué habríamos de preocuparnos si nos embriagamos un poco o fumamos un cigarro cuando un balazo podría acabar con nuestro siguiente respiro? —Miré hacia la tienda, que las ramas de los pinos oscurecían parcialmente—. Ninguna corte debería condenar a un hombre trastornado por el dolor.

—Yo no estaría tan seguro... Estamos hablando del Reich.
—Se recostó bajo la sombra circular del árbol y se quedó pensando por un momento—. ¿Qué te parecería hacer algo que está estrictamente prohibido?

La adrenalina me recorrió ante la pregunta inesperada.

—Me imagino que tendría que saber qué tan prohibido está ese algo en cuestión.

—Puedes guardar un secreto; después de todo, eres rusa como yo.

—Sí —respondí y, para protegerme, añadí—, pero también somos alemanes.

Se quedó callado.

—Fraternizar con el enemigo —expresó después, con impasibilidad, como si sus palabras significaran algo trivial como «vamos a desayunar».

Supuse que no se refería a reuniones clandestinas con soldados o partidarios rusos, pero ignoraba qué tramaba. Sin importar sus verdaderas intenciones, la actividad era riesgosa. Probablemente mostré cierta vacilación, porque él se recargó en el árbol como si no hubiera dicho nada.

—Conocí a una mujer que me abrió las puertas de su casa, se llama Sina —dijo—. Willi y Hans ya conocieron a otros rusos, pero me gustaría llevarte con Sina, si te animas. Bebemos, cantamos y algunas veces bailamos. Es algo que nos entusiasma en estos tiempos terribles.

—¿No la conocías antes de venir aquí?

Alex se rio.

—Nunca. A Hans, a Willi y a mí nos gusta conocer gente. Sentimos que podemos aprender algo de nuestros *enemigos*.

—Pronunció con voz más alta la última palabra, con un tono sarcástico, luego continuó en voz baja—: Todos los rusos son como de mi familia.

Una parte de mí quería ir, pero a la otra le preocupaba ser descubierta. Si nos atrapaban, el menor castigo para mí podría significar la expulsión del trabajo y regresar a Múnich marcada por la desgracia, y lo peor sería que me condenaran por un crimen y me apresaran. Con frecuencia pensaba en la cárcel y en los

vecinos y amigos desaparecidos. Hasta hablar de ellos era como cometer un crimen.

Los ojos de Alex mantenían su brillo pese a la profundidad de las sombras. Sentí que era difícil resistirme a su encanto, que rayaba en una inocencia bondadosa, así que asentí a pesar de mi inclinación natural a quedarme en el campamento.

—Sería toda una aventura, Alex. Me gustaría conocer a un compañero ruso.

Sonrió de oreja a oreja y vació las cenizas de su pipa en un pedazo de tierra húmeda.

—Entonces nos vemos esta noche. Llámame Shurik, por favor; todos mis mejores amigos me dicen así.

Esa tarde, mientras caminábamos hacia una granja en las afueras de la ciudad, Alex me contó sobre su familia rusa. Su madre murió cuando él era pequeño y su padre, un doctor, decidió que la familia se mudaría a Múnich cuando Alex tenía cuatro años. Una niñera se convirtió en su madre sustituta y le hablaba en ruso, como mis padres lo hicieron después de abandonar Leníngrado. De esta forma, ambos hablábamos con soltura en ruso y alemán.

Alex estaba más eufórico que yo en cuanto a Rusia, aunque a ambos nos afectó el amor redescubierto por el país. Al serpentear por el bosque hablamos de las costumbres, festividades y chistes que recordábamos de nuestra infancia y reímos a carcajadas. Caminamos varios kilómetros por un camino de terracería, lejos del campo militar. La brisa vespertina pasaba por debajo de los pinos como un pincel que acaricia el terciopelo. Pero en el horizonte, hacia el este, los disparos esbozaban manchas amarillas y las descargas de los proyectiles estallaban vibrantes en el crepúsculo cada vez más profundo.

La granja, en el extremo sur de un terreno boscoso, parecía más una hilera de cabañas enmarañadas. No había electricidad y un quinqué brillaba con intensidad en la ventana. Una vaca bajó de una de las cabañas al sur de la casa principal y cerca de ahí había un gallinero cubierto de suaves plumas.

Un grillo voló con sus alas cerosas de un lugar cubierto de maleza hacia la mitad del camino y brinqué por el susto repentino. Choqué contra Alex y él se rio de mi comportamiento de niña. Una polilla blanca y grande nos rodeó, y después se marchó revoloteando hacia la luz amarilla de la lámpara.

Alex me tomó de la mano e hizo que me detuviera.

—Hay algo que me gustaría que sepas antes de que entremos —dijo—. Sina me quiere y creo que también se va a encariñar contigo, pero le hablé de ciertas cosas que solo algunas personas saben.

—Me imagino que le hablaste de tus camaradas, Hans y Willi —dije sin pensar.

Se volteó hacia el este, de cara a la luz color índigo que pintaba el horizonte. Seguí su mirada y aún pude distinguir sus ojos, que habían cambiado su alegría de siempre por un aire de solemnidad.

—Hans sabe más sobre mí que casi cualquier otra persona. —Enterró el tacón de su bota en la tierra suave—. Nunca quise estar aquí. De hecho, no quise jurar lealtad ni a Hitler ni a la *Wehrmacht*. Pedí que me dieran de baja del servicio, pero rechazaron mi solicitud. —Se volteó y me miró con unos ojos grandes y perplejos—. Quizá tú me entiendas... —propuso y señaló la cabaña—, al igual que Sina.

Sí lo entendía, pero apenas pude reunir el valor para asentir.

—Entremos —me dijo—. Sina debe estar esperándonos.

Alex se acercó a la puerta, tocó y llamó a la mujer por su nombre. Sina, quizá no mucho mayor que nosotros, nos dio la bienvenida con un beso en cada mejilla y nos invitó a pasar. Aunque la guerra se libraba tan solo a unos kilómetros de su casa, parecía de buen humor y no se asemejaba en nada a la imagen de campesina que me había hecho de ella. Era delgada, su cabello era largo y negro, y lo llevaba trenzado alrededor de la cabeza. No usaba *babushka* ni el mandil largo que cubría los vestidos sencillos. En cambio, estaba ataviada con la versión femenina del traje de marinero: una blusa a rayas azules con un cuello superpuesto y abotonado, y una falda que combinaba y ondeaba sobre sus tobillos desnudos.

La cabaña era cómoda y acogedora, más por el calor de hogar que emanaba. El exiguo mobiliario consistía en una mesa pequeña, una silla y una cama de pino, lo suficientemente grande para la mujer y sus dos hijos pequeños, Dimitri y Ana. Ambos estaban sentados sobre sus rodillas a un lado de la mesa y comían sopa en unos tazones de madera. Al otro extremo había un samovar y varios libros; al pie de la cama yacían una guitarra y una balalaika con los diapasones entrecruzados; la desnudez de las paredes de madera se ocultaba tras unos textiles de amapolas rojas y doradas y unos vistosos diseños geométricos hechos con puntadas de hilo azul y rojo. El icono de un Cristo suplicante colgaba sobre la cama, en un marco de plata resplandeciente.

—Siéntense, siéntense —insistió Sina—. No tengo sillas suficientes. Shurik, siéntate en el piso sobre la vieja alfombra.

Alex accedió, cruzó sus largas piernas y dejó al descubierto las botas militares negras bajo sus pantalones grises del uniforme.

—No tengo té —dijo Sina—, así que tomaremos vodka.

Se agachó con la gracia de un cisne y sacó una botella café de abajo de la cama. Tomó tres tazas de té, sirvió el vodka y nos pasó dos.

—*Za Zdorovje* —exclamó Alex y levantó la copa a nuestra salud; después brindamos por nuestra reunión y amistad.

Sina se sentó en la cama, con las piernas flexionadas bajo su esbelto cuerpo. Dimitri y Anna pusieron sus tazones en un lavabo y tomaron su lugar a los costados de su madre.

—Así que eres nueva en Rusia —me dijo.

Puse la taza de té en la mesa, una vez que bebí su contenido.

—Nací en Rusia, al igual que Shurik, pero no había regresado desde que mis padres dejaron Leningrado, cuando tenía siete años. Soy enfermera voluntaria.

Sina levantó sus manos con ademán ostentoso.

—No te has perdido de nada. Stalin y el bolchevismo han arruinado nuestro país y han matado a más personas de las que podemos contar...

La interrumpí.

—Por eso nos fuimos, por el Plan quinquenal. Mi padre tenía amigos que desaparecieron de la noche a la mañana y jamás se les volvió a ver.

—Después vinieron las purgas del Gran Terror —continuó Sina—. Tenemos suerte de tener siquiera una armada. Liquidaron a muchos oficiales militares porque el secretario general pensó que podían constituir una amenaza para su poder. —Sus ojos echaban chispas desde el otro lado de la habitación—. Y creímos que los alemanes habían venido a liberarnos de Stalin... Nos equivocamos. —Con la cabeza baja negó lentamente—. En lugar de eso nos matan a mansalva, y ahora quemamos nuestras casas y sembradíos para que la *Wehrmacht* no pueda hacer uso de ellos. —Su mano se deslizó por las almohadas a su derecha—. Tenemos la instrucción de matar a los alemanes.

—¿Estás casada? —pregunté con la intención de alejar la conversación de la muerte.

—Sí, claro, con un hombre fuerte y guapo al que los nazis dispararían solo de verlo, si pudieran ponerle las manos encima. —Levantó sus manos de la cama y agitó los brazos como si fueran alas—. Pero ahora él es libre como un pájaro. Lo veo cuando logra escabullirse, a altas horas de la noche y en la oscuridad, cuando ambos podemos escapar de nuestros problemas.

—Él es partisano —dijo Alex y volteó hacia mí desde su lugar en la alfombra—. Es un hombre de convicciones y principios que lucha contra...

Se detuvo, pero sospeché que la siguiente palabra que iba a salir de su boca podría haber sido «el mal». Entonces alcanzó un libro que estaba en la mesa y lo alzó frente a él.

—*Crimen y castigo*, uno de mis favoritos. Podemos leer si lo desean.

La mano de Sina se movió poco a poco hacia las almohadas, hasta que sus dedos quedaron debajo de una de las fundas. Pensé que el movimiento era algo extraño, pero no tenía idea de lo que hacía hasta que sacó una pistola de su escondite.

Me quedé sin aliento y se me heló la sangre.

Alex hojeaba el libro, aparentemente sin advertir lo que hacía Sina.

—En mi opinión —comentó sin alzar la vista—, Dostoievski es el más cristiano de los escritores rusos. —Despegó los ojos de las páginas por un momento y miró a nuestra anfitriona.

El cañón negro apuntaba hacia nosotros. Yo estaba atrás de Alex y, desde arriba, pude ver que un espeso mechón de cabello café se le arremolinaba en la nuca. No pude ver su cara, pero me pregunté si también estaría blanco del susto.

Sin levantar la voz, dijo:

—Sina, por favor guarda eso, podrías dispararnos por accidente.

—No sería un accidente —contestó. Los niños estaban tranquilos, sentados a su lado. Nos miraban fijamente, a mí en la silla y a Alex en la alfombra frente a mí.

—Debemos matar a todos los alemanes —dijo y guardó silencio—, pero ustedes no son como todos los alemanes. De hecho, nunca podrán deshacerse de la parte eslava de su alma.

El gatillo hizo clic y el martillo tronó al regresar a su lugar. Grité, pero no hubo explosión y ninguna bala me atravesó la piel.

—¿Ves? Lo único que hiciste fue asustar a Natalya —dijo Alex y le apuntó con el dedo—. Debería darte vergüenza.

Me aferré al borde de la silla para dejar de temblar en el asiento.

—Casi me matas del susto, Sina. Esa broma fue horrible.

—Una vieja broma —dijo Alex—. Me la hizo la primera noche que nos reunimos. Debí advertirte, pero no sabía que la repetía con todos los alemanes que conoce. —Volteó a verme y me guiñó.

—No soy tan tonta como para tener una pistola cargada cerca de mis hijos. —Sina sonrió y regresó el arma a su lugar bajo la almohada, y levantó en brazos a Dimitri y a Anna con un abrazo de oso—. Pronto serán lo suficientemente grandes para usar una. Estoy ansiosa por verlos matar a su primer combatiente enemigo.

La idea de que unos niños rusos les dispararan a los soldados alemanes me horrorizó. Matarían a Dimitri y a Anna como perros.

—¿Me podrían servir otro trago? —pregunté y alcé mi taza.

—Sírvete, por favor —dijo Sina.

Me serví otro vodka. La bebida se hizo cargo de mi conmoción, que se desvaneció en una tensión temblorosa. Cantamos y reímos durante varias horas, hasta que Sina tocó una melancó-

lica canción tradicional en la balalaika. La melodía me parecía conocida de tiempo atrás, de mi infancia, pero estaba demasiado lejana en mi memoria para unirme a ellos. Alex se la sabía de memoria y cantaba con Sina mientras yo aplaudía pausadamente, con el ritmo. Los niños bailaban frente a la cama, entrelazaban los brazos y movían las piernas en pasos coordinados.

Se hizo tarde y la lluvia golpeteaba las paredes, por lo que tuvimos que quedarnos más tiempo del previsto. El quinqué titilaba, pero en vez de remplazar el combustible, Sina dejó que chisporroteara hasta agotarse y platicamos en la oscuridad mientras los niños se fueron a dormir. Los adultos vimos por la ventana abierta que los proyectiles estallaban en el este, iluminaban el paraje estrellado, ahora libre de nubes, con explosiones brillantes de color amarillo y blanco.

A medida que la noche avanzaba, Sina, sosegada por el vodka y tal vez por la tristeza, cantó una melodía que hizo que se me salieran las lágrimas. Empezaba con notas graves, siempre en tono menor, y después adquiría un tono agudo, hasta que pensé que las vigas de madera se quebrarían con el sonido. Al final la melodía se disipaba en un cambio suave a un tono mayor y moría con la brisa que flotaba en la cabaña. Le di un empujoncito a la cabeza de Alex, que se apoyaba en mis piernas.

—Ya es hora de regresar al campamento o nos reportarán como desaparecidos. —Las palabras trastabillaban espesas y pesadas en mi lengua.

—Sí —dijo Alex y se arrastró antes de ponerse de pie, tambaleante.

Nos despedimos, besamos a Sina y le prometimos visitarla otra noche. Alex prometió que la siguiente vez se abstendría del vodka para tener una conversación inteligente sobre Pushkin y Tolstoi. Sina estuvo de acuerdo, nos dio un último adiós con la mano y cerró la puerta.

—Es encantadora —le dije a Alex y me pregunté si esa era la mejor manera de describirla. Me parecía exótica, diferente de una manera totalmente desconocida, excepto en los rincones de mi memoria, cuando me venían a la mente imágenes vagas de Leningrado. Pero incluso aquellas personas desenterradas de mi

pasado eran distintas a ella. No había manera de comparar a los ciudadanos que conocí de niña con los campesinos víctimas de las tropas alemanas. Serpenteamos por el camino hacia el campo mientras miraba al cielo colmado de estrellas.

—Si estiro el brazo, puedo tocarlas —dije moviendo mis lentes y estirando el cuello hacia el cielo.

Sin darme cuenta en dónde pisaba, esquivé un charco grande, del tamaño de mi pie, y decidí quitarme los zapatos para evitar que se mancharan de lodo. Rodeé la cintura de Alex con los brazos y disfruté la calidez que aún me provocaba el vodka, así como la tierra húmeda que chapoteaba entre los dedos de mis pies. En la mañana pagaría caro mis excesos. Sin embargo, quitarme el lodo sería más sencillo que deshacerme de la resaca.

Pese a las indulgencias de la noche, había encontrado en Alex a un verdadero amigo, y eso hizo que la noche valiera la pena.

La lluvia cayó con todas sus fuerzas unos días después y convirtió el campamento en una ciénaga pantanosa, con ramas que goteaban por todos lados. Me imaginé lo que traería el frío del clima otoñal e invernal, cuando las condiciones empeoraran de verdad.

Los soldados heridos llegaban a raudales al campamento y el embate de las lesiones, muchas espantosas, me hicieron cuestionar mi decisión de ser enfermera. Con frecuencia me arrastraba a la cama agotada y adormilada por las largas horas que pasaba en el campamento médico. Un cirujano especialmente altanero era muy estricto con las reglas y las normas: nos limitaba los descansos, prohibía la charla entre médicos, asistentes y enfermeras, así como fumar en el campamento. A todos nos hacía la vida imposible, incluso a mí, pues durante las cirugías no dejaba de criticar mi forma de vendar, de administrar las medicinas e inyecciones, con lo que minaba la poca confianza que tenía en mí misma. Me sentí emocionada y aliviada cuando, de manera inesperada, lo transfirieron a una unidad más al norte.

Cuando hacía buen tiempo, Alex, Hans, Willi y Hubert Furtwängler, otro médico, a menudo comían juntos en un lugar cerca del campamento. La luz del sol que se filtraba por las ramas de

un roble moteaba su mesa y la imagen era una fotografía instantánea detenida en el tiempo, los hombres con sus cantimploras y tazas de hojalata, entre rebanadas de pan a medio comer y gruesas rebanadas de queso. Cuando la carga de trabajo no era pesada o se podían escapar a descansar, se sentaban a fumar en algún poste de una valla cercana a alguna construcción derruida. Me dio la impresión de que habían establecido un vínculo fraternal.

Los tres, sin Hubert, con frecuencia se reunían en conversaciones sigilosas que terminaban abruptamente en cuanto alguien más se aproximaba. Casi siempre que pasaba cerca de ellos los saludaba de prisa y las pocas veces que me invitaron a la conversación esta cambiaba a lo cotidiano: el clima, el entusiasmo por nuestra labor o lo opuesto, la monotonía del campamento médico, nuestra nostalgia por nuestro hogar y nuestros amigos.

Estaba segura de que cuando estos hombres estaban a solas, hablaban de otras cosas, de temas prohibidos que solo entre ellos se atrevían a tocar. No tenía más prueba de esto que la manera en que interactuaban entre sí: cautelosos, silenciosos, encorvados, como si compartieran secretos. Cualquier agente astuto de la Gestapo los habría interrogado por su conducta. Una vez, cuando estaban sentados fumando, divisé los restos de una esvástica labrada en la tierra. Alex trató de borrarla con su bota apresuradamente. La mitad superior del símbolo había sido tachada con una gran X.

Para septiembre reubicaron a Willi y a Hubert a otros batallones del Frente y Alex se enfermó. Hans me dio la noticia.

—Alex tiene difteria. —Nos encontrábamos en una arboleda de abedules cuyas copas habían tomado el color del oro bruñado.

—¿Difteria? —Estaba asombrada porque la mayoría de nosotros se había vacunado contra la enfermedad.

—Está ardiendo en fiebre y no se puede levantar de la cama —dijo Hans—. Parece que no lo vacunaron. —Su atractivo rostro se veía demacrado bajo la luz blanquecina y sus mejillas estaban hundidas, como si le hubieran pasado factura el cuerpo médico y su irregular ritmo de trabajo, que iba del aburrimiento al desenfreno, junto con los efectos de las reducidas raciones militares—. Me consideraré afortunado si no me contagio. Hemos

donado demasiada sangre a las tropas, nuestras defensas están bajas y hay muchas infecciones en Rusia. Bueno, eso tú ya lo sabes. —Sus labios sonrieron a medias, la expresión facial que le había visto más a menudo.

—Por favor, si lo ves antes que yo, dile que le deseo lo mejor —dije.

—Así lo haré. —Hans volvió a ponerse el gorro en la cabeza—. Acompáñame, por favor.

Caminé junto a él rumbo al hogar de Sina, lejos del bosque de abedules, hacia un claro donde la tierra se extendía hacia el horizonte por todos los flancos y las nubes grises volaban por encima de nosotros. Hans suspiró con fuerza y el viento pareció aligerarlo.

—Estoy cansado de la muerte... y de la guerra.

—Necesitas distraerte de eso —dije.

—Es difícil estar solo ahora que Alex está enfermo y Willi y Hubert se marcharon. —Se rio tímidamente—. No puedo dejar de pensar en eso; la guerra estará en mi mente mientras estemos en ella... Y quizá mucho después.

—Pareces muy serio al respecto —dije.

Él entrecerró los ojos y frunció el ceño, como si lo hubiera difamado.

—No quise insultarte —me apresuré a aclarar—. Quise decir que ves las cosas de un modo distinto a otros hombres. La guerra hizo mella en ti.

Nos detuvimos cerca de un riachuelo que se arremolinaba en un estanque poco profundo y borboteaba en un campo cercano. Me agaché y metí un dedo en el agua fría. Miré hacia atrás, a nuestro campamento, que los árboles ocultaban hacia el este, y al oeste, donde la tierra terminaba en colinas onduladas, y luego hacia el sur, donde los campos se extendían hacia el horizonte. Camino abajo, la cabaña de Sina se esbozaba en la neblina.

—Alex me llevó con Sina —confesó Hans—. ¿Te contó lo que hicimos el otro día?

Puesto que no había visto a Alex por varios días, negué con la cabeza.

—Enterramos a un ruso que encontramos en la planicie, cerca de aquí. —Se sentó en cuclillas cerca de la corriente y metió

las manos al agua—. Su cabeza estaba separada del resto de su cuerpo y sus partes privadas estaban en estado de descomposición. Las lombrices se arrastraban por su ropa medio podrida. Casi habíamos llenado la tumba con tierra cuando encontramos otro brazo. Hicimos una cruz rusa en la tierra, en la parte superior del túmulo. —Se detuvo—. Ahora su alma puede descansar en paz. —Hans hizo una reverencia—. Tal vez por eso Alex contrajo difteria. —Me miró—. Siento tanta compasión por los rusos, por todo lo que han pasado a manos de nuestro ejército. Me temo que pasan muchas más cosas de las que nos enteramos como médicos y enfermeras. Creo que la SS no revela sus acciones ni a los generales. Tú eres rusa... Estoy seguro de que esta matanza también te afecta.

El agua reflejaba su expresión atormentada, pero antes de que tuviera la oportunidad de contestarle, su estado de ánimo cambió y se puso contento.

—¿Has escuchado mi coro? Lo ensamblé con algunas chicas rusas y unos prisioneros de guerra... Hacemos lo mejor que podemos. Me encanta la música y añoro bailar. La otra noche bailamos hasta morir.

Había escuchado las canciones, a veces alegres, a veces suaves, a menudo sombrías, mientras vagaba por el campamento médico, pero el trabajo, la oscuridad y la fatiga me habían impedido investigar. Las voces parecían venir de la lejanía, en horas extrañas del día y la noche, como si fueran canciones de ángeles distantes.

—Me gustaría escucharlas. Mi amiga de Múnich, Lisa Kolbe, sabe más de arte que yo y gracias a ella he aprendido algo de música.

—¿Sabías que tengo un hermano en servicio aquí, en el mismo sector? —preguntó Hans.

—No. ¿Lo ves?

Se puso de pie, se alejó de la corriente de agua y miró hacia el oeste.

—Está a algunos kilómetros de aquí. Se llama Werner. Voy a verlo a caballo cuando puedo. —Hans abrió sus brazos en un gesto teatral, que pareció liberar una ráfaga de energía en el aire—. He desarrollado una pasión por la equitación que no me deja

en paz —dijo con la voz llena de entusiasmo—. No hay nada mejor que galopar por la planicie sobre un caballo veloz, que se abre camino como una flecha entre el espigado pasto de la estepa, y regresar por el bosque con la puesta de sol, al borde de la extenuación, con la cabeza encendida por el calor del día y la sangre latiendo en la punta de cada uno de tus dedos. —Hizo una pausa, al parecer agotado por su descripción—. Nunca me he rendido a un mejor engaño que ese, porque en cierto sentido tienes que engañarte. Los hombres lo llaman la «fiebre rusa», pero es una expresión torpe y débil.

—Yo misma la he usado —dije algo avergonzada al reconocerlo.

—Cuando ves el mundo en toda su belleza cautivadora, a veces estás reacio a aceptar el otro lado de la moneda. La antítesis está aquí, como en todos lados, si estás dispuesto a verla. Pero aquí la antítesis se ve acentuada por la guerra, al grado que, para una persona débil, puede resultar insoportable.

Atravesamos el riachuelo y nos dirigimos hacia unos pastizales. Habíamos caminado durante unos diez minutos cuando llegamos a una cruz rusa que sobresalía de la tierra.

—Aquí lo enterramos —dijo Hans—. Tal vez era un buen hombre, un cristiano, con familia e hijos. Nadie lo sabrá nunca porque yacerá aquí hasta el final de los tiempos. —Desde la tumba miró la extensa estepa, el pasto que se mecía en el viento y una lágrima rodó por su mejilla—. Así que te intoxicas. Solo ves un lado en todo su esplendor y gloria.

Mientras miraba, inclinó la cabeza y se puso a rezar en voz baja. Una oleada, como una descarga eléctrica, me erizó la piel y un sentimiento de felicidad que nunca había experimentado, parecido al éxtasis, me inundó; la sensación me sobresaltó tanto que me apoyé en Hans.

Un visitante invisible interrumpió la comida de una parvada de grajillas negro con gris; asustadas, volaron sobre nuestras cabezas graznando con su trino agudo. Un rayo de luz iluminó la tumba y después unas oscuras nubes lo desvanecieron tan pronto como había aparecido.

Hans se alejó de mí con los puños cerrados a los costados.

—No te conozco... Y no debería estar hablando de estas cosas... Pero le caes bien a Alex y confía en ti.

No supe qué decir. ¿Me ofrecía amistad o algo más? ¿Me estaba poniendo a prueba, para ver si podía confiar en mí? Su rostro se ruborizó hasta el punto que parecía rojo de coraje. Lo que tenía adentro lo consumía, aunque me dio la impresión de que esta demostración de emociones tan íntimas era más bien algo fuera de lo común.

—Aquellos que hacen el mal y cometen actos inmorales gobiernan nuestros días y nuestras noches —le respondí para apaciguarlo—. Solo podemos hacer lo que está bien y dar nuestro reconocimiento y apoyo cuando la situación lo amerita, y condenar cuando esté justificado. Debemos ser fuertes ante la corrupción moral.

—El Reich debe ser condenado. —Estábamos cerca de la tumba y di un paso atrás, aturdida por sus palabras, y tomé aire. Concordaba con él, pero no quería confesárselo a un hombre que apenas conocía—. Esa idea debe permanecer solo entre nosotros. No la deberías repetir con nadie más. Por eso peleo, no por Alemania, sino por todos los hombres.

Le apreté la mano y sonrió. Dejamos la tumba y emprendimos el regreso al campamento, casi sin decir palabra mientras caminábamos. El cielo estaba nublado y, a excepción de unos pocos destellos de luz, el cielo se fue cerrando por la tarde, como presagio de un otoño sombrío y desolador. Esa tarde, sentada en la oscuridad junto a Greta, recordé las palabras de Hans, y la tumba lúgubre y el graznido de las grajillas desfilaron por mi mente. Me sentía agobiada por las ideas contradictorias de una paz esperanzadora y una larga guerra llena de muerte y destrucción. No dormí bien durante varias noches.

Alex se recuperó, pero Hans presentó unos síntomas similares a los de la difteria que lo tiraron en la cama por varios días. Alex se alejó un poco después de su enfermedad. No es que fuera hostil, más bien parecía cargar con algo cada vez más pesado sobre los hombros, al igual que Hans. El trabajo nos mantenía ocupados

cuando los camiones y las carretas llegaban con su cargamento de hombres moribundos y heridos.

Una mañana de finales de septiembre decidí aprovechar mi tiempo libre. Me abrigué y caminé por el camino de terracería que conducía a la casa de Sina. A medio camino llegué a un sembradío al lado del bosque de abedules, donde unos camiones habían cortado los espigados pastizales. Unos charcos enormes salpicaban la ruta, pero el sendero despertó mi curiosidad y de buena gana decidí cambiar el paisaje de mi caminata habitual hacia el sur.

Nunca había pasado por ahí y, de hecho, no había advertido la existencia de aquel lugar. El peso de las llantas había acabado con la vegetación y el aire mecía los tallos café y verdes que estaban a los lados. La tierra estaba apisonada como piedra en algunas partes, pero tenía una apariencia esponjosa en otras.

El viento había arreciado de la noche a la mañana, como si el primer aliento invernal hubiera llegado en tropel desde el norte. Las pequeñas manchas de sol que caían sobre mis hombros casi no me calentaban e hice todo lo posible por no quedarme en la sombra. La vereda lodosa me hacía entrar y salir de la penumbra.

Las ramas de los abedules, con sus hojas que habían cambiado de un color dorado a un morado rojizo, se estremecían y se doblegaban con las ráfagas de viento. Las ramas chocaban entre sí y, si no hubiera sido por el vendaval, el bosque habría estado en silencio. El camino se convirtió en un terreno boscoso en el que habían talado los árboles. Mis sentidos se agudizaron en la oscuridad cuando el sonido de un motor me tomó por sorpresa.

Un motor aceleró detrás de mí y unas llantas viraron en el lodo. No había signos de *Verboten* al inicio del camino ni letrero alguno que prohibiera estar ahí, pero mi intuición me dijo que me ocultara. Mis zapatos chapoteaban en el lodo y me arrodillé atrás de varios árboles talados y apilados. Por una estrecha abertura entre los troncos divisé un camión enorme, abierto por la parte de atrás, con la cruz de hierro negra y blanca en las puertas. Cerca de veinte personas, rodeadas por cuatro guardias armados de la SS y su comandante, se apiñaban entre los paneles de madera que los mantenían acorralados. Por su ropa era

sencillo inferir que eran rusos y, para mi mayor consternación, reconocí los rostros de Sina y sus hijos Dimitri y Ana.

El camión pasó frente a mí a gran velocidad, dando tumbos por el camino irregular, salpicando agua lodosa tras de sí y cubriendo los árboles con una mezcla pastosa. Tan pronto como el camión desapareció al doblar una curva, regresé corriendo al sendero para seguir al camión, hasta que encontré un buen escondite entre una espesa arboleda. Tenía que ver lo que estaba sucediendo con Sina y sus hijos.

El camión, con su cargamento humano, que temblaba como los pinos de un boliche con cada chillido de los frenos, se detuvo cerca de un barranco poco profundo dentro del bosque. Después de eso se me nubló la mente y, desconcertada, presencié la escena que se desarrollaba ante mí como si hubiera sido una película en cámara lenta.

Los guardias de la SS abren la puerta trasera de madera y uno de ellos incluso ayuda a bajar a la tierra húmeda a una anciana, que viste un abrigo de franela y un pañuelo. Unos hombres rusos, casi todos mayores, con barba gris y cabello largo, algunos ataviados con su ropa de trabajo y otros con algo que parecían pijamas, se unen a la fila de prisioneros. Los niños miran a sus madres con los ojos abiertos de par en par y se aferran a las mangas de sus abrigos mientras se tambalean con pasos cortos y apresurados. La SS los arrea como si fueran ganado; los guardias se sirven de sus ametralladoras para empujar a los prisioneros por la espalda. La gélida mano de la muerte se cierne sobre el bosque, silencioso, sin cantos, sin aire.

Los de la SS los alinean entre dos lomas, los hombres con las manos en la nuca, las mujeres con la cabeza baja y las miradas de los niños van y vienen de sus madres a los guardias. Veinte personas o más están aquí para morir como animales en el matadero.

«Escoria. Infrahumanos», se burla la SS desde su posición superior, en la cima de la colina.

Una canción flota en el aire, la que Sina tocó en su casa para Alex y para mí, y uno a uno se van uniendo en el canto hasta que el aire se colma con su melancólica melodía.

Un hombre grita «Cállense, cerdos», mientras el comandante cuenta: cuatro, tres, dos, uno. Entonces cuatro guardias disparan al mismo tiempo una terrible descarga de balas, los casquillos tiñen el aire de un color cobrizo y el humo carboniza el aire, que se torna gris y negro.

Caen al suelo como muñecas de trapo, con los agujeros que reventaron su carne, las balas que dieron en el blanco caen cual nubes acuosas sobre la tierra húmeda y la sangre de los prisioneros se oscurece en sus abrigos y camisas.

Quiero gritar, pero mi boca no emite sonido alguno. Es un horror. Sangre, más sangre de la que jamás vi en la mesa quirúrgica o en las camillas de los moribundos. Sina yace en el piso con los brazos y las piernas abiertas; Dimitri y Anna, muertos también, están aferrados al abrigo de su madre.

Cuando choqué de espaldas con un árbol, me llevé las manos a la boca para ahogar un grito. Cualquier palabra que dijera y el hecho de haber presenciado lo inconcebible podría significar mi muerte. Hui de mi escondite a zancadas, con la esperanza de que el camión no me aplastara; el miedo me inyectaba adrenalina. De haber muerto, estaría en paz, porque después de lo que mis ojos habían visto no sabía si volvería a descansar. Después dudé de lo que había presenciado. ¿Fue tan solo una ilusión de mi mente exaltada?

Pronto llegué al camino de terracería y me derrumbé en llanto cerca del sendero. Cuando pude volver a caminar, descubrí otra desgracia. En el horizonte hacia el sur había un incendio y el humo negro ascendía al cielo en espiral. La casa de Sina estaba en llamas.

Me sequé los ojos y regresé al campamento a trompicones, como una mujer vencida por una enfermedad, sin saber qué decir ni qué hacer. El camión me alcanzó y redujo la velocidad hasta que uno de los choferes de la *Wehrmacht* me saludó con la mano. Los severos guardias y el comandante de la SS, que iban en la parte trasera del camión, me miraron fijamente mientras fumaban, sus tensas mandíbulas apretaban las blancas colillas de los cigarros.

Cuando llegué al campamento no quise hablar con nadie y me mantuve apartada de Alex, Hans y Greta.

Después de una noche insomne, al día siguiente asistí a un doctor que atendía a un soldado con una terrible herida en el pecho. Cuando el doctor lo abandonó, las últimas palabras que el joven me dijo fueron: «Diles a mis padres que los amo».

Sentía que el corazón se me rompía en mil pedazos por el soldado y los rusos asesinados; habían muerto porque un tirano opinaba que sus vidas no valían nada. Yo también era rusa, pero junto con mi familia estaba al servicio de Alemania y, de hecho, se nos tomaba por alemanes, pero ¿cuánto tiempo podría durar aquello?

El dolor me desmoralizó durante días, antes de que finalmente se transformara en una furia voraz contra el hombre que había provocado el horrible crimen que presencié: Adolf Hitler.

Hans solo tenía razón a medias en su valoración de que el Reich debía ser condenado. ¡Tenía que ser destruido! Y la idea me emocionaba y aterraba al mismo tiempo.